

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

El corazón del capitán Cousteau

Todo es relativo en el mundo y ya lo era antes de que Einstein formulara sus dos teorías sobre la relatividad, la restringida y la generalizada. Escribo esto porque a veces nuestro planeta nos parece inmenso, inabarcable, incomprendible y otras veces pensamos en él como un diminuto cuerpo girando alrededor del sol, una de las miles de estrellas de 23.ª magnitud.

Todo nuestro mundo cabe en la comprensión y en el sentimiento de un solo hombre, como es el caso de Jacques-Yves Cousteau. A él le va como anillo al dedo este fragmento de un poema del gran escritor brasileño que fue Carlos Drummond de Andrade: "Vasto mundo, vasto mundo, / si me llamara Raimundo / eso sería una rima / pero no una solución. / Vasto mundo, vasto mundo, / más vasto es mi corazón".

Sí, el corazón y el talento de ciertas personas es capaz de abarcar y comprender, no sin esfuerzo, tenacidad y también sufrimiento, toda la historia pasada y presente de la humanidad, y también intentar corregir su rumbo futuro, si se sabe que está absolutamente equivocado, que conduce al desastre.

Para pensar en ese peligro futuro, que ya es ahora, llevando la carga pesada de nuestro existir como mamíferos dotados de cierta inteligencia, debe contemplarse la realidad en toda su crudeza, sin falsos optimismos, y verla desde lejos, a vuelo de águila o mejor de astronauta, y también desde dentro, desde las profundidades de la tierra y de los mares.

Esto es lo que ha hecho Cousteau durante toda su vida: ver y pensar en todo lo que afecta a la vida en nuestro planeta, y proclamar, por todos los medios a su alcance, que deben corregirse muchas actividades humanas, que únicamente responden a los beneficios económicos inmediatos y que dañan y dañarán, de forma irremediable, el equilibrio del ecosistema terrestre.

Su tenacidad ha hecho que academias y gobiernos le hayan escuchado, aunque con retraso, pero sin adoptar medidas drásticas para la corrección y prevención de desastres, como son las mareas negras, el vertido de residuos industriales, la disminución de la capa de ozono y tantos otros. Y todo esto lo ha dicho con la sencillez y clarividencia de sus ojos de un crío de ochenta años, como el niño que se atrevió a decir que el rey estaba desnudo.

A Cousteau le gustaría que el máximo posible de gente, en todo el mundo, supiera, se interesara por el estado actual y por el futuro de nuestro planeta. Los gobiernos y las grandes empresas sólo actúan cuando un considerable sector de la opinión pública exige se solucionen y corrijan los abusos y hasta crímenes ecológicos que van en



SU TENACIDAD HA
hecho que academias
y gobiernos le hayan
escuchado, aunque
con retraso

progresivo aumento; y hay que evitar que la corrección del disparate sea simplemente un parche barato, una chapuza para salir del paso. Si el Mediterráneo se muere, no se pueden regatear ni esfuerzos ni dinero para evitarlo.

Puede sorprender a mucha gente el orden en que Cousteau coloca los más apremiantes problemas de la humanidad: en primer lugar, la explosión demográfica, que hay que reducir con todos los medios a nuestro alcance, pues la tierra no tiene recursos para mantener a diez mil millones de habitantes que habrá dentro de poco, pues no los tiene ahora para los cinco mil millones, para to-

dos los que ya hoy vivimos; luego, está la educación, la cultura, el que todos sepamos que estamos integrados en el ecosistema terrestre y aprendamos a no romperlo; después sigue el peligro de las guerras, todas basadas en ambiciones económicas, no en posiciones ideológicas, sino por el control de las riquezas o bienes existentes y por asegurarse sus reservas; y sigue la concienciación y el trabajo para corregir las muchísimas agresiones y sus secuelas que ya se cometieron: "el barco está averiado, y todos viajamos en el mismo barco".

Y muchas más cuestiones, muchísimos más problemas que hay que resolver.

Su visión es brutalmente pragmática: los políticos y los militares parecen tomar las grandes decisiones, pero son los tecnócratas y las poderosas multinacionales los que mueven a los políticos como si fuesen marionetas; y esto ocurre en todo el mundo desde la horda cuaternaria que desplaza a otro grupo para ensanchar su territorio de caza o de recolección de frutos, hasta la reciente guerra del Golfo, por controlar el petróleo. Para superar esta situación, dice, la economía, la tecnología y la ecología deben avanzar al unísono: a ese caminar de acuerdo interdisciplinario lo llama *ecotécnica*, y ya se ha creado una cátedra en la Universidad de Bruselas, que está en plena actividad.

Estos días han ocurrido dos hechos que reconocen el magisterio de Cousteau: le ha sido otorgado el Premio Internacional Cataluña, el llamado Nobel catalán, de diez millones de pesetas, que él destinará a su Fundación de París, y ha visto aprobada una moratoria de la prohibición de explotar los recursos de la Antártida en un congreso de países celebrado en Madrid.

Sé que tanto el dinero del premio como la moratoria le parecerán poco, y no por orgullo personal, sino porque quisiera que todos los gobiernos, en vez de otorgarle distinciones o premio, se gastaran muchísimo más dinero en buscar soluciones efectivas a alguno de los tantos temas preoccupantes que tiene planteado este planeta, y porque quisiera también que la moratoria sobre la prohibición de explotar la Antártida fuese indefinida, eterna. Difundir la ciencia y la cultura mediante la educación del mayor número de gente posible: claro que sí; es difícilísimo, pero no imposible. "Hay que pensar en las generaciones futuras. La vida es muy hermosa y ha de serlo también de aquí a miles de años." Jacques-Yves Cousteau es un soñador que trabaja para que sea real un mundo limpio, pacífico y con una población estable, que tenga la riqueza mejor distribuida. Un soñador que estimula y hace soñar a los demás. Cree en una realidad, no en una utopía, y menos en un milagro. •